

IMPARCIAL

DIARIO SEMANAL

N.º 10. - 1917. - 21 DE JUNIO DE 1917.

Se publica los días 1.º, 3.º, 5.º, 7.º, 9.º y 11.º de cada mes.
Cada número cuesta \$ 0.25.
Suscripción mensual \$ 2.50.
Suscripción trimestral \$ 7.50.
Suscripción semestral \$ 14.00.
Suscripción anual \$ 28.00.
Los pagos deben hacerse al adelantado.
Se vende en todas las librerías.
Se publica en el número 100 de la Calle de San Juan, Méjico, D. F.

DESDE LONDRES

La conferencia económica

Londres, junio 916

La complejidad de las cuestiones que sugiere la conferencia económica a los aliados es tan de importancia que no es posible tratar por anticipado ni siquiera un vago esquema de la solución probable. Ya en el primer día de la política económica de los beligerantes es casi un vano juego de imaginación. Todo lo más que no es poco — puede intentarse una tentativa para las fuerzas que actúan en el problema. De éstas, algunas pertenecen al campo del porvenir, y de las que el presente sólo nos poseemos un conocimiento imperfecto y evasivo. Así que los recursos políticos imperpetuándose a las fuerzas económicas, embrollan y complican todavía más el problema.

Hay un grupo de consideraciones que, por intentar el problema general, conviene abandonar antes de concentrar la atención en el punto de vista británico. En primer lugar, es la idea inicial de la cooperación aliada por tener un carácter defensivo más que ofensivo. No se trata de beneficiar a un grupo de naciones en recompensa de sus servicios económicos, o de la realización de un programa de bienestar de las actividades económicas del mundo. La amenaza de una extensión del "Zollverein" alemán a los tres aliados del Imperio por el primer día de la guerra económica que se preparaba.

De aquí resulta que el porvenir económico depende, ante todo, del porvenir militar. Según sea la victoria de los aliados, así será su alianza económica: porque siendo una alianza defensiva, habrá de ser tanto más estrecha cuanto menos quedará intacta la estructura del mundo por las operaciones militares. Si la victoria, como desean los Gabinetes aliados, es tan completa que permite dictar condiciones de paz, es inevitable que los aliados se olviden de la economía.

Por la Prensa aliada ha circulado el rumor de que los alemanes serían grandes observadores de la intervención de los Estados Unidos en cuanto se firme la paz. No parece que esta amenaza merezca ser tomada muy en cuenta. Las condiciones interiores de Alemania no se prestan a tales proyectos. No hay mano de obra, y menos industria existe el cuerpo de técnicos indispensables para una fabricación intensa. Las materias primas están acaparadas por la industria, los ferrocarriles monopolizados por el servicio militar. Por último, el crédito se halla en un estado inestable. Existen, además, indicaciones de que Alemania ha confiado en la guerra con una especie de paréntesis en su vida normal. Uno de ellos es su política financiera, al parecer totalmente desprovista de la cooperación de la que pueda haber después de la paz. Pero hay, sin embargo, un motivo de inquietud comercial, sobre todo para Inglaterra, en las consecuencias de esta política financiera sobre la moneda alemana. La enorme baja del cambio constituye una prima artificial a la exportación, que al firmarse la paz vendrá a favorecer los esfuerzos que, sin duda, harán los productores alemanes para reconquistar sus mercados foráneos. Claro es que razones sentimentales obrarán en sentido contrario en cuanto a los mercados aliados, y ello entenderá la entrada de mercancías alemanas mientras esta resistencia se mantiene. Pero es humano que el tiempo la vaya haciendo desaparecer antes de que el aspecto se haya restablecido. Es, pues, probable que esta será una de las razones que apoyarán a los que defienden entre los aliados una política proteccionista. Por otra parte, si los aliados imponen una indemnización, aumentará esta ventaja alemana al aumentar el desequilibrio del metro, a no ser que se cubran en materias primas: carbón, hierro, etc.

Por último, existe una tendencia general hacia el proteccionismo, motivada por la necesidad de hallar dinero para pagar los intereses y amortización de la enorme deuda que Francia ha incurrido. Sabido es que, salvo raras excepciones — Inglaterra, Bélgica —, la economía ha sido la paciente vaca lechera de los ministros de Hacienda. Las consideraciones de índole sentimental, muy desarrolladas en Francia y Rusia, sobre todo, contribuirán a facilitar la introducción de derechos anti-dumping, quitándoles la impopularidad que el proteccionismo tiene siempre entre estos países. En contra de esta tendencia actuará la necesidad en que se encontrará la industria europea de fabricar lo más barato posible para rivalizar con el formidable conglomerado americano. Como se ve, el equilibrio más se llegará será resultado de un complicado sistema de fuerzas de toda naturaleza.

Desde el punto de vista de los neutrales no es probable que la conferencia, en contra de lo que periódicos y discursos parecen proponer, pueda dar motivo a grandes prescripciones. El fin más de ella, resultado práctico último, o sublimin en la creación de dos grupos económicos contrarios en Europa. En este mundo nuevo, el hecho importante es que se pondrá ante todo de dos grupos esencialmente productores y, por consiguiente, necesitados de recursos de materias primas y de energía de productos manufacturados. Es increíble que esta rivalidad pueda ser fomentada por los neutrales. La idea pugna con toda nuestra experiencia de la competencia económica.

Por lo que más concretamente añade al punto de vista británico, el Gobierno de Londres tiene que considerar la cuestión con todas las interdependencias que puede tener en los dilatados ámbitos del Imperio. Sabido es que la política de los distintos elementos que la componen hacen tendencias particularistas que el Gobierno Imperial al atender al punto de vista británico. Este es un punto capital, en cuya configuración la política inglesa carece de sentido. El sistema de elección de los representantes del Imperio británico en la conferencia de los Gabinetes. El Sr. Balfour, ministro de Comercio, es liberal libre-cambista; Mr. Bonar Law, ministro de las Colonias, es conservador y proteccionista; y Mr. Hughes es el presidente del Consejo de ministros de Australia.

En la Gran Bretaña, propiamente dicha, libre-cambismo y proteccionismo luchan con fuerzas muy iguales. La producción se halla actualmente en un período de alta, beneficiada por el aumento del crédito general del Imperialismo económico, al que pertenece el principio libre-cambista. Por el lado de la fuerza motriz el triunfo del servicio militar obligatorio, que, como el proteccionismo, tiene marcado sabor nacionalista. Pero el elemento más fuerte en pro del proteccionismo es el desamparo en que el declarar la guerra quedaron ciertas industrias que se nutren de materias primas alemanas y el hecho de que muchas de ellas poseen industrias de verdadera importancia militar. Tales los tintes y su industria gemela los explosivos,

los cueros, la óptica, los nitratos, muchos metales, las sustancias medicinales, etc.

A favor de este argumento positivo, apoyado en hechos tan recientes, ha resultado la idea del Imperio autosuficiente, que fue en su día la plataforma política de Joseph Chamberlain. Su opónido en la moderna arena política es el ministro australiano mister Hughes, que lleva unas cuantas semanas predicando el nuevo evangelio por toda Inglaterra en serenas inflamadas, no reñidas de cierto entusiasmo y apasionado antigermanismo. Sería el error tener los ojos ante la importancia de esta campaña y el efecto que la fuerza de él tiene que producir en un público educado por los acontecimientos, que son el pan nuestro de cada día en estos tiempos. Pero es indudable que la opinión de más peso y responsabilidad en el país se mantiene fría y a la expectativa.

El libre-cambismo ha volado miles muy profundas en tierra inglesa. Temo de su parte, en primer lugar, a la muy numerosa e importante opinión pacifista y liberal, de acentuado tinte religioso, y que ve en el libre-cambismo la garantía contra toda veleidad guerrera, proclamando a causa de la solidaridad económica que establece entre las naciones, y que constituye su mayor y más grave defecto desde el punto de vista militar. Pero además existen en contra del proteccionismo poderosas razones económicas que será muy difícil rebatir. Inglaterra, por su riqueza carbonífera y mineral, así como por la supremacía de su marina mercante, constituye una a modo de zona franca donde began las materias primas de todos los puntos del mundo y se las convierten en productos manufacturados para distribuirlos por todos los países. Esta región exige el libre-cambismo, porque necesita la baratura de tres elementos esenciales para la mano de obra, primicias mineras, capital. El precio de los dos primeros depende directamente del libre-cambismo; el del tercero, indirectamente. Londres es, en efecto, el gran centro bancario del mundo, la enorme cámara de compensación donde se ventan las compras que Madrid hace en Buenos Aires y Pei-ogredo en Tokio, y esta situación se sostiene precisamente por el carácter de zona franca que tiene la isla británica.

La tercera razón que favorece al libre-cambismo es su sencillez. Medítese en la enorme complicación que representa el estudio de un sistema proteccionista en Inglaterra. Los dominios son proteccionistas contra la metrópoli; la Gran Bretaña, además que estudia con cada una una política de Tratados de Comercio. La India, en cuanto aparezcan en la metrópoli las consabidas tarifas, cerraría sus puertas a los productos textiles de Lancashire en beneficio de los indígenas, sería perspectiva para el productor inglés. Los aliados que hasta aquí han enviado sus mercancías gratis al gran mercado liberal británico se encontrarían, en recompensa de su amistad, con una tarifa más elevada, naturalmente, que las de los dominios, y consta que habrá rivalidad, porque Australia producirá unos vinos que llama Burgundy...

Como principio general, por consiguiente, es poco probable que desaparezca el libre-cambismo de la legislación comercial inglesa. La idea de las represalias, que algunos proteccionistas agitan, halla poca acogida en la opinión y no ha conseguido arraigar aun en casos de más graves ofensas, como el tratamiento de prisioneros. Las dos tendencias opuestas basarán probablemente su resultado en un sistema mixto, en el que, conservando en términos generales el libre-cambismo, se protejan ciertas industrias directamente o indirectamente militares.

Y puestos ya a profundizar, puede anticiparse que la próxima conferencia encontrará su más fácil y fecunda tarca en la coordinación de los esfuerzos comerciales de índole no aduanera, tales como la protección de las marcas, la regularización de los tipos industriales o estandarización, el abaratamiento de las tarifas postales, y, sobre todo, las cuestiones de banca y crédito. No hay que olvidar la influencia que su día ejercerá este magneto financiero internacional que se llama Luzzatti.

Salvador de MADARIAGA

